encaramó en ella, en tanto que el agua seguía subiendo, primero hasta sus rodillas y luego más y más ; sin embargo, él se mantuvo firme sobre la silla. Lo único que sentía, como dijo después, era no poder alcanzar su botella de whisky, que le estaba tentando desde un vasar de enfrente y al cual no llegaba. El agua al fin empezó á bajar, el escocés se hundió hasta el cuello para coger la botella y pronto se salió el agua de la casa ; pues casi se retira tan presto como viene.

Yo estaba pesaroso por los pobres chinos que, dos días más tarde, encontré errando todavía por entre las ruinas de sus huertas. Sus margosos bancales han sido arrasados por completo y sus cercas y algunas de sus casas arrastradas enteramente por el arroyo. Uno de ellos me dijo que ha perdido 30 libras en billetes que tenía escondidos en su cabaña, pues la inundación subió tan rápidamente que le fué imposible salvarlos. En el terreno de los chinos recogí una piedra considerable que las aguas habían depositado allí; era un pedazo de lava arrojado por alguno de los montes volcánicos que limitan la llanura, ¡ Dios sabe cuántos miles de años hace ! Estas piedras volcánicas son tan ligeras y porosas, que flotan como corchos y abundan en muchos puntos de los alrededores.

CAPILLA ALFONSINA

CAPÍTULO XII

LA PRIMAVERA, EL VERANO Y LA COSECHA

Vegetación primaveral. — La selva en primavera. — Flores de jardín. — Paseo por la tarde. — La luz de la luna en Australia. — El viento cálido del Norte. — Plaga de moscas. — Incendios en la selva. — El verano en Nochebuena. — Frutas australianas. — Ascensión al monte Greenock. — El vino de Australia. — La cosecha. — La granja de un *squatter*. — La fiesta de la cosecha. — Aurora australiana. — Lluvias de otoño.

Pasadas las grandes lluvias, la tierra queda bien empapada de agua y la vegetación crece con rapidez. Aunque de vez en cuando pueda caer un aguacero, la inundación no se repite. Los días son claros y espléndidos, el aire seco, y el tiempo en extremo agradable. Es difícil determinar aquí cuándo empieza una estación y acaba otra ; pero puede decirse que la primavera empieza en Septiembre. Entonces las tardes son bastante templadas para dispensarnos de encender fuego, mientras que algunas veces el medio día es positivamente calmoso.

Generalmente hablando, la primavera es la estación más deliciosa en Australia. Las hermosas plantas tiernas del año están en pleno creci-

miento ; los jardines se llenan de flores ; el fresco y verde césped extiende una alfombra gloriosa por la selva, cuando los árboles se despojan de las hojas marchitas del otro año y se visten con su espléndido ropaje de primavera. En algunos puntos, la selva se tapiza de flores, violetas del género de los guisantes y arvejas. Hay también una hermosa planta con flores de escarlata subido que se extiende por el suelo ; y, en algunos sitios, las zarzaparrillas, con sus flores violeta, cuelgan como guirnaldas de las ramas de los gomeros. Y cuando las zarzas de la selva (una variedad del género acacia) se cubren con sus flores amarillas llenando el aire con su peculiar y suave perfume, y las flores silvestres se abren espléndidamente, ningún placer más agradable que un paseo á pie ó á caballo por la selva.

He de mencionar también que las flores de jardín que tenemos en nuestro país crecen perfectamente en los jardines de aquí, y entre ellas las anémonas, los ranúnculos, las ixias y los gladiolos. Todas las flores de primavera, las violetas, lilas, primavera, jacintos y tulipanes, crecen á maravilla. Las rosas florecen también de una manera espléndida en primavera, y aun en otoño, cuando no están colocadas en puntos demasiado expuestos al frío. En Maryborough tenía una gran colección de las mejores rosas : lord Raglán, John Hopper, mariscal Niel, la reina Hortensia y otras semejantes, que, cuidándolas y regándolas bien, se mantienen verdes, gruesas y fuertes, y echaban buenas flores casi todo el verano.

A principios de Noviembre, parece que el verano se nos echa encima, según el calor que hace á medio día. Solamente por la tarde, cuando el sol se pone, lo que se realiza casi súbitamente, tras un breve crepúsculo, se siente un poco de fresco y aun frío. Sin embargo, á mediados de mes, el calor aprieta, y empezamos á sentir el viento cálido del Norte. No olvidaré fácilmente mi primera experiencia de pasear con este viento de cara. Era como si recibiese el aliento de la boca de un horno ; se colorearon mis mejillas, y el aire era tan seco que sentí como si fuera á levantarme la piel.

El 16 de Noviembre, el termómetro marcaba 98° á la sombra (1). ¡ Repasad en la memoria si habéis visto nunca en Inglaterra un día tan caluroso y considerad si debía ser insoportable ! No obstante, aquí no hace humedad y podemos resistir el calor sin gran esfuerzo, aunque el polvo blanco y fino entra á veces por la puerta abierta y cubre el libro mayor, el de caja y todo. El 12 de Diciembre escribía á casa : « El tiempo es horriblemente caluroso ; el gran libro casi me quema las manos cuando vuelvo las hojas. » De nuevo el 23 de Diciembre escribía que « la temperatura se ha elevado á 105° y aun á 110° á la sombra ; sin embargo, por la sequedad y pureza de la atmósfera la soporto fácilmente y aun salgo á paseo » (2).

(1) Equivalentes á 36,6 grados centígrados. — *Nota del traductor.*

(2) Equivalen á 40,5 y 43,3 grados centígrados respectivamente. — *Nota del traductor.*

CAPILLA ALFONSINA

Mi excursión favorita por la selva, á principios del verano, es hacia las cumbres de una línea de montañas situada al sur de la ciudad. Salgo un poco antes de la puesta del sol, cuando ha cesado el calor del día, y se empieza á encontrar la tarde deliciosamente fresca. Todo está quieto ; nada se oye, como no sea de vez en cuando el canto de la doliente corneja y el cotorreo de una bandada de papagayos que pasa. Al subir la montaña, paso por una mina de cuarzo abandonada, y entonces hasta esos rumores se desvanecen y reina profunda calma. Desde la cumbre, una perspectiva inmensa se extiende delante de mí. A seis millas hacia el sur, en la llanura, está el pueblo de Talbot ; y más allá la selva parece dilatarse hasta el pie de los Pirineos, que extienden su azulada silueta á una distancia de cuarenta millas. Las nubes se allanan sobre las cumbres de los montes, y el astro rey desciende lentamente como á un obscuro abismo, dejando en pos de sí una estela de oro resplandeciente. El firmamento, de un azul verdoso, brilla y se enrojece por algunos minutos más, y luego todo se diluye en un gris pálido y melancólico. El cambio es casi súbito. El día está para acabar, cuando ya la noche se viene encima. Tan súbitamente sucede la obscuridad á la luz que, en las noches nebulosas y sin luna, es preciso volver apresuradamente á casa, si no se quiere perder el camino ó correr el riesgo de verse sorprendido por la noche en la selva.

Pero cuando hay luna, las noches son en Australia tan brillantes como los días. El aire es fresco,

el cielo está sin nubes, y es de lo más delicioso entonces dar un paseo por la selva. Los árboles son delgados y parecen fantasmas, y sus ramas se destacan en atrevido relieve sobre la claridad de la luna. No obstante aparece todo tan cambiado, el lejano paisaje es tan suave y deleitoso, que apenas puede uno creer que ese es el mismo cuadro tantas veces visto en pleno día. No es exagerado decir que la luz de la luna es en Australia tan brillante, que se puede fácilmente leer con ella un libro de caracteres medianos.

Sin embargo, el verano tiene también en Australia sus inconvenientes. El peor de ellos es el cálido viento del Norte, cuya primera impresión he descrito antes, si bien dicen los colonos antiguos que es mucho menos intolerable y que sopla más de tarde en tarde desde que se ha colonizado y cultivado el interior del país. Pero os aseguro que los vientos cálidos son todavía muy nocivos. Vienen de las tierras ardientes de la Australia central y traen consigo nubes de insectos y de polvo. Estoy por creer que se parecen al simún africano. La gente de Melbourne llama « bate-ladrillos » á esos soplos abrasadores. El viento asolador quema y da fiebre, y uno se precipita en los cafés en busca de bebidas refrescantes ; pero allí hasta los vasos queman al tocarlos. La piel queda tan seca y crispada, que sentís como si fuese á quebrarse. La temperatura sube hasta 120° (1) : ¡ linda tempera-

(1) Equivalen á 49 grados centígrados. — *Nota del traductor.*

CAPILLA ALFONSINA

tura por cierto! No queda otro recurso que meterse en casa, cerrar herméticamente todos los huecos para que no entre el polvo abrasador, y permanecer en la obscuridad.

Mientras dura el viento cálido, el aire tiene un duro color cobrizo. Todo tiene un aspecto amarillento y marchito. El sol se ve rojo obscuro á través del polvo, y del mismo tamaño que la luna, tal como se ve en Londres en las mañanas cubiertas. A la hora, ó quizás á las dos horas de este calor sofocante, el viento cálido con sus nubes de polvo desaparece hacia el Sur, y disfrutamos de una tarde deliciosamente fresca, tanto más cuanto más contrasta con el malestar del medio día. Nunca he observado que el viento cálido persistiese más de dos días, pero lo ordinario es que sólo dure pocas horas. Los colonos dicen que hasta aquellos vientos son de alguna utilidad, porque se llevan al mar tribus de insectos, sin lo cual, en verano, las cosechas serían completamente devoradas.

Otra causa de incomodidad en verano son las moscas. Abundan en todas partes. Llenan las habitaciones y, al pasar por las calles, levantáis nubes de ellas. A veces ennegrecen el techo por completo, y no se puede sacar un solo instante alimento alguno sin que se cubra de ellas. Hay una mosca de cuerpo amarillo que deposita sus larvas con extraordinaria fecundidad. Las moscas son también muy molestas en la selva, y por esto, cuando se pasea en coche, se usan ordinariamente unos velos para prevenirse de ellas. Y en los

pantanos hay mosquitos vigorosos y atormentadores, como he dicho en otra parte.

Pasado el calor abrasador del verano y especialmente tras la excesiva sequedad ocasionada por los vientos cálidos, toda la superficie del país se hace combustible y los incendios estallan en la selva, según todas las apariencias, espontáneamente, y se propagan con gran rapidez. El « jueves negro » de la colonia, cuando unos quince años hace, el fuego cubría muchos centenares de millas, todavía se recuerda con horror ; pero como la población y el cultivo se han extendido mucho, esas súbitas explosiones de fuego han venido á ser relativamente raras.

Cuando llega Nochebuena, estamos en el rigor del verano. Nos encuentra sofocados de calor, sentados en mangas de camisa y suspirando por el fresco de las tardes. Sin embargo, son pocos los que no arreglan su asado y su *plum-pudding* de Navidad, como en nuestra tierra. Como las fresas son entonces fruta del tiempo y las hay en gran abundancia, muchos se reunen para comerlas á escote en Nochebuena, en tanto que la gente seria y asidua concurrente de la iglesia las saborea en casa.

La abundancia de frutas de todas clases es una de las mejores pruebas de la suavidad del clima. Primero vienen las fresas, siguen en abundancia las ciruelas, melocotones y albaricoques, y por último las peras y manzanas, á granel. La huerta de nuestro director en Maryborough es una cosa digna de verse en verano. Teniendo una buena

CAPILLA ALFONSINA

provisión de agua, puede hacer madurar su fruta á la perfección. Los cerezos y los melocotoneros parecen doblarse sobre su deliciosa carga. Por el centro del jardín hay una avenida fresca y verde, á la que da sombra un enrejado cubierto de parras. Los racimos de uvas casi maduras cuelgan de todos lados y prometen una cosecha abundante.

Algunos de mis recuerdos más agradables se relacionan con las tardes de Enero pasadas en los verjeles de los alrededores de Mallorca. Un grupo de nosotros partimos un día en coche en busca de una buena huerta frutera. Nos dirijimos á las montañas del sur y descendimos al largo valle por la carretera de Talbot, levantando nubes de blanco polvo á nuestro paso ; subimos luego á otra montaña, desde cuya cumbre descubrimos abajo, á orillas de un arroyo y casi al pie del monte Greenock, la huerta que buscábamos. Bajamos y entramos en la huerta, todavía cubierta de verdura á pesar del calor tremendo que había hecho, y allí encontramos la fruta á manos llenas.

El monte Greenock es una de las montañas volcánicas que abundan en estos alrededores. Casi es un perfecto cono, que tendrá una altura de ochocientos á novecientos pies. — ¡Qué espléndida perspectiva debe gozarse desde la cumbre ! — dijo uno de mis compañeros. — Bueno, pues subamos, que en lo alto tendremos probablemente una brisa deliciosa. — Hace demasiado calor — fué la respuesta. — No tanto, dije yo ; hemos de hacerlo. — Bueno, dijo mi amigo, podéis subir si

os place ; pero si lo hacéis y estáis de vuelta á los tres cuartos de hora, yo me encargo de la fruta y de la bebida para lo que resta de la tarde.

¡ Oh noble ofrecimiento ! Aligeréme inmediatamente de ropa, eché una ojeada á la cumbre de la escarpada montaña y á la hierba marchita que casi resplandecía á la luz del sol, y partí. Pronto hube cruzado el cercano arroyo que estaba seco, emprendí la ascensión y avancé con bastante facilidad hasta que llegué á unos doscientos pies de la cumbre, donde el calor sofocante empezó á molestarme. Me detuve ; miré hacia abajo la escarpada pendiente por la que había subido, vi la distancia relativamente pequeña que me faltaba salvar, y volví á trepar de nuevo. Fué todavía un esfuerzo largo y fatigoso, hecho en gran parte sobre piedras de lava que se movían. Después de tan tremendo arranque, no creo que nadie se atreva á decir que mis pulmones están enfermos.

A mi alrededor se extendía una vista magnífica. Ciertamente estaba bien empleado el esfuerzo de trepar hasta allí. Primeramente volví mis ojos al norte, hacia Mallorca. Estaba allí, casi oculta tras los montones blancos de tierra de pipa. Más allá, á lo lejos, estaba Carisbrook con su montaña desnuda, que se destaca detrás. Más cerca están las labores mineras de varias Compañías, con sus cobertizos para las máquinas, rodeados de altos montones de escombros. Volviendo mis ojos hacia el sur, vi Talbot, como á una milla lejos, semejando enteramente una población importante, con sus numerosos edificios de ladrillo rojo y sus

grupos de casas confortables. Al oeste, hacia Maryborough, hay una vasta extensión de selva cubierta de vegetación, cuyo verde obscuro no cambia nunca. El cielo estaba sin nubes, azul y transparente; y aunque el sol brillaba con toda su fuerza, la suave brisa que soplaba en torno de la cima de la montaña, hacia el aire agradable y placentero á la respiración.

Pronto volví mis pasos hacia abajo, dando rodeos y zigzag, por la rápida inclinación de la bajada. Pronto llegué al pie de la montaña, atravesé el arroyo, y descansé en la huerta saboreando la fresca fruta, con algún trago de vino colonial de vez en cuando.

A propósito de vino y de uvas. Algunos que han hecho las mayores experiencias acerca del suelo y el clima de Australia, han pronosticado que antes de poco podría ser uno de los principales países vinicultores del mundo. Las vides crecen lozanas y su fruto madura perfectamente en toda la colonia, pero más particularmente en el hermoso distrito situado á lo largo del río Murray. Casi todos los labradores del interior hacen ellos mismos el vino para el consumo de su casa. Es un clarete áspero y puro. Pero cuando los alemanes, acostumbrados al cultivo de la vid, ponen en ello su atención, obtienen un vino de mucha mejor calidad. Trabajan ya varias asociaciones de viticultores, que esperan exportar antes de poco grandes cantidades de vino á Inglaterra, si bien hasta el presente la mayor parte del que se produce es consumido en la colonia. Un amigo mío

de Maryborough ha plantado una extensa viña en Sunbury, á unas treinta millas al norte de la población, y la hace trabajar por viticultores suizos; y aunque no soy perito en materia de vino, el borgoña que probé en su mesa resultó muy agradable á mi inexperto paladar y me dijeron que era de superior calidad (1).

Después del verano viene la cosecha. Cuando el labrador recoge el producto de su año de trabajo, hace sus provisiones y cuenta sus ganancias. Nuestro Agosto cae hacia fines de Febrero. Cuando fuí á caballo á la granja de Perry, el día 2 de Marzo, ya encontré los campos desembarazados, y el grano en el granero. Todos los trabajadores temporeros se habían ido. Una semana antes los campos estaban llenos de segadores, agavilladores y conductores de máquinas.

Ahora el cuadro es perfectamente tranquilo. Las vacas vuelven para ser ordeñadas, y forman una bonita hacienda, pues son quince ó más. Los grandes montones de paja brillan á la luz rojiza del sol, que ya pasa algo bajo, si bien calienta todavía. Llegamos á la granja, después de haber atado las riendas de los caballos en la verja, y entramos por la puerta trasera. Aquí no hace

(1) Las clases de vino que principalmente se producen en la colonia, son el Borgoña Clarete, un vino blanco al estilo del Sauterne y una especie de champaña reposado que es, en verdad, excelente. En otoño se realiza ahora una exportación regular en Melbourne y Geelong, donde se vende el vino á buen precio y en grandes cantidades. En 1870, la producción total fué de 629.219 galones.

CAPILLA ALFONSINA

falta presentar cartas de recomendación, pues ya sabemos que se nos ha de dar la bienvenida, y en Australia la hospitalidad no tiene límites. Probamos las uvas, que maduran ahora, y las remojamos con un vaso de hidromiel. ¡Pero cuidado con el hidromiel! Aunque tiene apariencia de inofensivo, es en verdad muy fuerte y se sube á la cabeza.

El arrendatario nos condujo al granero y nos mostró orgullosamente, con la punta de su grueso látigo, el dorado grano amontonado sobre el pavimento; después fuimos á la cuadra, donde nos enseñó sus caballos. Allí estaban nuestras jacas, que habían sido entradas para darles pienso. Salimos y montamos de nuevo á caballo para ir un poco más lejos á otra granja situada en la falda de una montaña, en punto algo elevado sobre el valle.

Esta granja es una monada de habitación, levantada en un lugar umbrío y delicioso, en medio de lozano jardín. También aquí nos apeamos y nos metimos en la casa, porque conocíamos al dueño, un buen muchacho cuya honrada fisonomía inglesa siempre gusta volver á ver, por la bondad y buen humor que rebosa. Damos una vuelta por el jardín mientras el sol se pone, y entramos luego para tomar una taza de te bueno, que la señora de la casa había dispuesto para nosotros.

Una de las mayores delicias de nuestro huésped consistía en hablar del « tiempo viejo », aunque, después de todo, sólo se hablase de uno ó dos años atrás; pero los novatos siempre estaban dispuestos á escuchar esas historias con la boca abierta. Había sido minero, como la mayoría de los hacendados del país, y nos contó cómo fué el primero que encontró el oro cuando la gran irrupción de Maryborough; cómo vió centellear el oro entre el cascajo un día que pasaba por la selva; cómo durante unas semanas vivió quietamente minando y acumulando oro mañana y tarde, hasta que habiendo hecho su agosto lo bastante para comprar y montar una granja, fué á dar parte al comisario de su descubrimiento. Entonces tuvo lugar en el país la irrupción de millares de mineros, y fué contando cómo se formaron las calles, se abrieron los comercios, se edificaron los hoteles, y cómo en fin Maryborough llegó á ser la gran población, el próspero centro de un gran distrito minero y agrícola.

En estas narraciones del antiguo minero, dos horas transcurrieron, casi sin darnos cuenta de ello, y entonces nos levantamos para salir. Se sacaron los caballos, montamos y cabalgamos cautelosamente hacia casa, porque la obscuridad era completa. La noche era hermosa y apacible, y teníamos tiempo de sobra; así íbamos hablando y riendo por la selva, y nuestras voces eran los únicos rumores que se oían, como no fuese el aleteo de algún pájaro estremecido en la percha por nuestras alegres carcajadas, ó por el choque de las herraduras de los caballos en el duro suelo cuando marchábamos al trote.

Otro día fuí en coche, con uno de los vecinos hacendados, á su finca, situada al otro lado del

CAPILLA ALFONSINA

arroyo bajo. Cuando llega esa estación tardía, la selva está desecada y tiene un aspecto melancólico, muy diferente del que tenía en los hermosos días de primavera. La selva parece ahora medio muerta revistiendo á toda prisa el ropaje de invierno, en tanto que cubren la llanura restos de marchita hierba. Pasamos cerca de una gran finca de *squatter*, única que existe por aquí, la cual tiene un amplio circuito que se extiende á gran distancia en la llanura. Tiene lo menos 60.000 acres de terreno comprado y otros 60.000 acres del gobierno, en los cuales el *squatter* ejercita los acostumbrados derechos de pastoreo.

Cruzado el arroyo por un puente de madera, pronto llegamos á la granja de mi amigo. En los vecinos campos se oía el zumbido de la máquina trilladora. Allí estaba la máquina trabajando solícitamente como en nuestro país. El vapor se introduce en todas partes, á través de los mares, por encima de los montes y en la selva. Pronto llegamos hasta la máquina donde los obreros estaban al trabajo. Era éste rudo, bajo un sol abrasador, entre nubes de polvo y briznas de paja que volaban en torno de los trilladores. Muchos de ellos usaban anteojos para proteger la vista de los resplandores solares.

La máquina estaba á punto de parar, á fin de permitirá los obreros su turno de descanso meridiano, y pronto estuvieron ante su ración de carne y su te frío. El hacendado sorprendió algunos trabajadores fumando imprudentemente junto á los grandes montones de paja, y estaba furioso por-

que su falta de cuidado podía haber causado un incendio que hubiese destruído la paja, el trigo, la máquina y todo. El trigo parecía de excelente calidad y el hacendado estaba del todo contento con su cosecha, lo que no es muy frecuente entre agricultores.

En seguida fuimos á visitar los edificios de la granja, que son limpios y sólidos. Un amplio granero de piedra tiene en un extremo adherida la cocina, donde se hace la comida de los trabajadores durante la cosecha, y al lado hay una confortable casita de piedra para instalación del administrador y su familia.

Al volver de la granja tomé un baño refrescante en un sitio conveniente del arroyo, si bien me advirtieron que no era raro se estremeciesen por una picadura súbita los bañistas que se metían en una charca de agua turbia, encontrándose, al salir del agua, media docena de afamadas sanguijuelas agarradas á la piel. Las sanguijuelas son abundantes en Australia y aun constituyen una materia de considerable exportación á Inglaterra.

Más tarde volvimos á la granja de Perry para asistir á la cena y al baile de la recolección, con la cual es costumbre celebrar la terminación de la cosecha, como en nuestro país. Por este tiempo el trigo estaba todo vendido y sacado del granero, el cual había sido dispuesto para sala de baile. Tuvimos una buena tirada de bailes, al son de un violín y de un *piano de la selva*. ¿No sabéis, acaso, qué es un *piano de la selva*? Consiste en una porción de cuerdas arregladas sobre una ta-

CAPILLA ALFONSINA

bla, distendidas y templadas, que el tocador golpea con un martillo, arrancando sonidos de ningún modo faltos de armonía. En todo caso el *piano de la selva* servía para acompañar la música de nuestro solitario violín.

Después de la danza, vino el acostumbrado y copioso banquete, con abundante comida y bebida para todos; luego se sacaron nuestros caballos y volvimos á casa. Era á fines del período de la recolección, cuando los días son todavía calmosos y las noches empiezan á ser frías y crudas, como ocurre á principios de Octubre en Inglaterra. Una noche tuvimos una aurora austral espléndida, dícese que una de las más hermosas que se han visto aún en Australia. Una inmensa cortina de color rosa parecía haberse corrido por la baja mitad del firmamento, listada con brillantes fajas doradas, sobre otras amarillentas más obscuras. Bajo la cortina roja, junto al horizonte, se descubría un pequeño semicírculo de luz amarilla y verduzca, como si el sol fuese á nacer; y de allí partían haces de rayos luminosos que se se extendían casi hasta el cenit, mientras que en más las nubes de color de rosa. Los resplandores se extendían casi hasta el cenit, mientras que en la parte más obscura, ó menos brillante del cielo, centelleaban las estrellas. Aunque he hablado de « nubes », no se veía una sola; lo que llamaba nubes eran en realidad masas compactas de luz brillante que velaban el fondo azul del cielo. Me encuentro con una pobreza absoluta de palabras para describir la magnificencia del espectáculo.

La gente conocedora del tiempo anunció un cambio, y en efecto tuvo lugar antes de poco. Hacía semanas que no llovía; pero, á la segunda mañana después de la aparición de la aurora austral, fuí despertado muy temprano por el rumor de un fuerte aguacero que caía sobre nuestra ligera cubierta de hierro ondulado. Se desencadenó un furioso huracán y la lluvia parecía desplomarse en masa. En media hora se llenó nuestra gran cisterna de hierro; y, rebosando, el agua se corrió por el pavimento del Banco y casi nos inundó. Pasamos un rato de lo más animado, sacando afuera el agua á medida que entraba, pues como quiera que fuese, el albañal que pasa por debajo de la casa había llegado á taparse. Al fin cesó la lluvia y el agua se escurrió, dejándolo todo completamente mojado: mojadas las sillas y los taburetes, mojada la ropa blanca, mojados los vestidos, mojados los libros, los papeles y mojado todo.